

# LA BALADA DE LA INFELIZ G'MELL

*CORDWAINER SMITH*

Una mujer muy femenina contra verdaderos hombres, los señores de la creación; luchaba con su inteligencia contra ellos y los vencía. Eso no había sucedido antes y no quedaba duda que nunca volvería a ocurrir, pero el tiempo fue suyo. No pertenecía al género humano, sino que descendía del gato, aunque humana era su apariencia exterior. Esto explica la anteposición de una *G* a su nombre. Su padre se llamaba G'mackintosh, y ella G'mell. Ganó su juego contra los legítimos y unidos Señores de la Instrumentalidad.

Todo sucedió en Puerto Tierra, el mayor de los edificios, la más pequeña de las ciudades, asentada a veinticinco kilómetros de altura sobre la orilla occidental del Mar Menor de la Tierra.

Jestocost tenía un despacho en la parte exterior de la cuarta válvula.

A Jestocost le agradaba la luz del sol de la mañana, al contrario que a muchos otros Señores de la Instrumentalidad. Por tal motivo, nunca tuvo problemas para conservar el despacho y los apartamentos que había elegido. Su oficina principal tenía noventa metros de largo, veinte de alto y veinte de ancho. Tras ella se hallaba la «cuarta válvula» con una extensión de casi mil hectáreas. Tenía forma de espiral, como un enorme caracol. El apartamento de Jestocost, aun siendo muy espacioso, era solamente un punto minúsculo en la fachada de Puerto Tierra. Puerto Tierra era como una enorme copa de vino que se elevaba del magma hacia la alta atmósfera.

Puerto Tierra había sido fundada durante el mayor auge mecánico de la humanidad. Aunque los hombres habían poseído cohetes nucleares desde el principio de la historia consecutiva, emplearon cohetes químicos para cargar los vehículos interplanetarios de propulsión iónica y nuclear o para reunir las naves fotónicas para travesías interestelares. Impacientes por la forzada lentitud de su desarrollo, habían construido un cohete de un billón de toneladas, con el único resultado de destruir todo campo que tocaba al aterrizar. Los Daimoni —pueblo de estirpe terrestre que vino de alguna parte desde más allá de las estrellas— ayudaron a los hombres a construirlo con materiales a prueba del clima, de la herrumbre, del tiempo, de la tensión. Luego, habían partido para nunca regresar.

Jestocost solía pasear la vista por su apartamento y preguntarse lo que debería haber sido cuando el gas blanco caliente enmudecía hasta convertirse en un susurro, salía de la válvula y penetraba en su cámara y en las otras sesenta y cuatro que le seguían. Ahora estaba protegido por una pared interior de recia madera, y la válvula misma era una grande y profunda cueva donde vivían unas pocas cosas extrañas. Nadie necesitaba ya tanto espacio. Las cámaras eran inútiles, pero la válvula nada hacía. Naves planiformes zumbaban desde las estrellas, aterrizaban en Puerto Tierra por cuestiones de conveniencia legal, pero no hacían ruido y, ciertamente, no tenían gases calientes.

Jestocost contemplaba las altas nubes por debajo de él y hablaba a solas.

—Hermoso día. Buen aire. Sin inquietudes. Mejor es comer.

Jestocost acostumbraba hablar para sí de ese modo. Era un individual, casi un excéntrico. Como miembro del consejo superior de la humanidad, tenía problemas, si bien no personales. Poseía un Rembrandt, colgado sobre la cabecera de su cama —el único Rembrandt conocido en el mundo puesto que, posiblemente, era la única persona que sabía apreciar su valor—. Era dueño de los tapices de un imperio olvidado que adornaban la pared interior. Todas las mañanas el sol cantaba una gran ópera para él, apagando e iluminando y desplazando los colores para que Jestocost imaginase que volvían otra vez a la Tierra los antiguos tiempos de contienda, de crimen y tragedia. Junto a la cama, en una caja cerrada, guardaba un ejemplar de Shakespeare, otro de Colegrove y dos páginas del Libro del Eclesiastés. Sólo cuarenta y dos personas en el universo sabían leer el inglés antiguo, y él era una de ellas. Bebía vino, que le fabricaban sus robots en los viñedos de su propiedad situados en la costa poniente. En suma, era una persona que había ordenado su vida para vivir cómoda y egoístamente como particular, pero que podía prodigar generosa e imparcialmente su talento como hombre público.

Cuando se despertó aquella mañana, nunca pudo imaginarse que una mujer bonita iba a enamorarse locamente de él; que, tras más de cien años de experiencia en el arte de gobernar, iba a conocer, en la Tierra, otro gobierno tan fuerte y casi tan antiguo como el suyo; que, gustosamente, conspiraría y lucharía, exponiéndose a mil riesgos por una causa que sólo entendía a medias. Pero el tiempo le ocultó piadosamente lo que le esperaba. Al levantarse, su única preocupación fue determinar si tomaría o no en el almuerzo una pequeña copa de vino blanco. En el día 173 de cada año, siempre tenía por regla comer huevos. Estos constituían un raro manjar y no quería enviciarse comiendo muchos, ni privarse de ellos y olvidando que existía un plato tan exquisito. Se puso a pasear por la habitación musitando: «¿Vino blanco? ¿Vino blanco?»

G'mell estaba llegando a la vida de Jestocost, aunque no lo sabía. Estaba predestinada a triunfar, pero lo ignoraba.

Desde que la humanidad había realizado el Redescubrimiento del Hombre, trayendo de nuevo gobiernos, dinero, periódicos, idiomas nacionales, enfermedades y muertes aleatorias, se había planteado el problema de la subpersona —un ser que no era humano, sino sólo constituido humanamente a partir de los animales de la Tierra. Podía hablar, cantar, leer, escribir, trabajar, amar y morir; pero no estaba amparada por la ley humana, que se limitaba a definirla como «homúnculos» y le concedía un estado jurídico análogo al de los animales o de los robots. Las personas que vivían en el mundo exterior eran llamadas siempre «homínidos».

Muchas de las subpersonas hacían sus trabajos y aceptaban sin protesta su condición de semiesclavitud. Algunas llegaban a ser famosas: G'mackintosh había sido el primer terrestre que había logrado dar un atrevido salto de mil metros bajo gravedad normal. Su rostro era conocido en mil mundos. G'mell, su hija, era una joven que se ganaba la vida recibiendo y dando la bienvenida a los seres humanos y homínidos de los mundos exteriores, haciéndoles sentir que se hallaban en su patria cuando llegaban a la Tierra. Tenía el privilegio de desempeñar un trabajo en Puerto Tierra, aun cuando era duro y no muy bien remunerado. Los seres humanos y homínidos habían vivido por tan largo tiempo en una sociedad opulenta, que no sabían lo que significaba la pobreza. Pero los Señores de la Instrumentalidad habían decretado que las subpersonas —descendientes de raza animal— debían vivir con arreglo a la economía del Viejo Mundo; habían de tener

su propio dinero para pagar sus viviendas, sus alimentos, las cosas que adquirirían y la educación de sus hijos. Al ser declarados insolventes, iban a la Casa de la Caridad, donde los mataban sin dolor mediante el empleo de gas.

Era evidente que la humanidad, tras haber resuelto todos los problemas básicos, no parecía del todo dispuesta a consentir que los animales terrestres, por mucho que pudieran evolucionar, se arrogasen plena igualdad con el hombre.

Jestocost, séptimo de su nombre, se mostraba contrario a esa política. Era hombre que sentía escaso amor, que no conocía el miedo, sin ambiciones, consagrado en alma y cuerpo a su obra. Pero hay pasiones de gobierno tan fuertes y exigentes como las emociones del amor. Doscientos años creyendo que le asistía la razón, siendo siempre derrotado por número de votos, habían encendido en Jestocost el ardiente deseo de lograr que las cosas fuesen hechas a su manera.

Jestocost era uno de los pocos hombres que creía en los derechos de las subpersonas. No pensaba que la humanidad llegase algún día a enmendar los errores cometidos en otro tiempo, a menos que las propias subpersonas dispusieran de algunos de los instrumentos del poder —armas, conspiración, riqueza y, sobre todo, organización— para luchar contra el hombre. No le daba miedo la revolución, pero estaba sediento de justicia con un anhelo obsesivo que superaba cualquier otra consideración.

Cuando los Señores de la Instrumentalidad se enteraron que, entre las subpersonas corría el rumor de una conspiración, recurrieron a los robots policías para sofocarla.

Jestocost no hizo eso.

Creó su propia policía, empleando subpersonas, con la esperanza de reclutar amigos que comprendiesen que él era un enemigo benévolo y que, con el tiempo, le pondrían en contacto con los dirigentes de las subpersonas.

De existir tales jefes, eran inteligentes. ¿Quién podía suponer que una joven como G'mell fuese la vanguardia de una red de agentes que había penetrado en Puerto Tierra mismo? De existir, debían tomar todo tipo de precauciones. Los monitores telepáticos, tanto humanos como robóticos, ejercían estrecha vigilancia sobre todos los gráficos de pensamiento. Hasta las computadoras registraban cifras de felicidad en mentes que no tenían razones objetivas para ser felices.

La muerte del padre de G'mell, el más famoso atletagato que habían producido las subpersonas, proporcionó a Jestocost la primera pista definida.

Asistió en persona a los funerales. El cadáver yacía en un cohete de hielo que sería lanzado al espacio. Los más allegados se mezclaban allí con los coleccionistas de curiosidades. El deporte es internacional, interracial, intermundial, interespecies. Podían hallarse homínidos, hombres de verdad, cien por ciento humanos, que parecían horribles y sobrenaturales porque ellos o sus abuelos habían sufrido modificaciones somáticas a fin de adaptarse a las condiciones de vida de un millar de mundos.

También había subpersonas, «homúnculos» descendientes de animal, muchos de ellos en sus trajes de faena, y parecían más humanos que los mismos hombres de los mundos exteriores. A ninguno se les

permitía desarrollarse si su talla medía menos de la mitad de la del hombre o la excedía en más de seis veces. Todos debían tener rasgos y voces humanos aceptables. El castigo por el fracaso en sus escuelas elementales era la muerte. Jestocost miró a la muchedumbre y reflexionaba: «Hemos establecido las normas del más resistente género de supervivencia para esa gente y les damos el más terrible incentivo, la vida misma, como condición de progreso absoluto. ¡Qué necios somos al suponer que no nos superarán!». Los hombres verdaderos del grupo parecían no pensar como él. Daban pequeños golpes con el bastón a las subpersonas, pese a que se trataba de los funerales de una de ellas, y los hombres-osos, los hombres-toros, los hombres-gatos lo consentían con un balbuceo de disculpa.

G'mell estaba junto al helado ataúd de su padre.

Jestocost la contemplaba porque la belleza de la muchacha lo merecía. Cometía una acción que era una indecencia en un ciudadano común, si bien lícita para un Señor de la Instrumentalidad: espiar a hurtadillas en el pensamiento de la joven.

Y entonces descubrió algo que no esperaba.

Al ser retirado el ataúd, G'mell exclamó:

—¡E-teli-keli! ¡Ayúdame! ¡Ayúdame!

G'mell había pensado fonéticamente, no en escritura, y Jestocost no disponía más que de ese simple sonido para iniciar una investigación.

Jestocost había tenido que arriesgarse para llegar a Señor de la Instrumentalidad. Su mente era rápida, demasiado rápida para ser inteligente. Pensaba por medio de formas sin títulos, no por lógica. Decidió imponer su amistad a la joven.

Dispuesto a esperar una ocasión propicia, mudó luego de parecer.

Cuando G'mell volvió a su casa después de los funerales, Jestocost se agregó al grupo de malcarados amigos de la joven, que trataban de protegerla de las condolencias de conocidos torpes aunque bien intencionados o cordiales.

G'mell le reconoció con señales de debido respeto.

—Mi señor, no le esperaba aquí. ¿Conocía a mi padre?

Jestocost hizo, gravemente, una señal afirmativa con la cabeza y pronunció sonoras palabras de consuelo y sentimiento, que causaron un murmullo de aprobación tanto en los humanos como en las subpersonas.

Pero con la mano izquierda, que colgaba junto a su costado, hizo la señal permanente de *¡alarma!* *¡alarma!* —entrechocando varias veces los dedos pulgar y medio— usado por el alto personal de Puerto Tierra para mantenerse en contacto sin que se enterasen los transeúntes del mundo exterior.

G'mell estaba tan trastornada que casi lo echó todo a perder. En tanto Jestocost seguía haciendo señales, la muchacha gritó con voz alta y clara:

—¿Se refiere a *mi*?

Jestocost continuó dando el pésame.

—...me refiero, G'mell, a que tú eres quien mejor puede llevar el nombre de tu padre. Eres la única persona a quien podemos dirigirnos en esta hora de tribulación común. ¿A quién voy a referirme sino a ti cuando digo que G'mackintosh nunca hizo las cosas a medias y murió en plena juventud a causa de su celosa dedicación? Adiós, G'mell, debo regresar a mi oficina.

Ella llegó cuarenta minutos más tarde.

Jestocost estudió el rostro de la joven

—Éste es un día importante en tu vida.

—Sí, mi señor, un día triste.

—No me refiero a la muerte y a los funerales de tu padre. Hablo del futuro al cual todos nos hemos de dirigir. En otras palabras, se trata de ti y de mí.

G'mell abrió desmesuradamente los ojos. Nunca hubiera creído que perteneciese a esa clase de hombres. Era un funcionario que circulaba libremente por Puerto Tierra, muchas veces para dar la bienvenida a visitantes de importancia e inspeccionar la oficina de ceremonial. Y ella estaba adscrita al equipo de recepción, cuando era preciso una mujer para resolver una llegada imprevista o cortar una pelea. Al igual que las geishas del Japón antiguo, tenía una profesión honorable; no era una mala chica, sino una azafata cuya obligación se limitaba a flirtear. Miró a Jestocost. No le dio la impresión que quisiera conducirse de una manera incorrecta. Pero nunca se podía saber de lo que eran capaces los hombres.

—Conoces a los hombres —dijo Jestocost, pasando la iniciativa a su interlocutora.

—Me parece que sí —respondió ésta.

Se pintó una expresión extraña en el rostro de G'mell, que obsequió mecánicamente a Jestocost con la sonrisa número 3 (extremadamente alentadora), aprendida en la escuela de formación profesional. Al advertir su error, procuró que asomase a sus labios una sonrisa normal. Le pareció que le había hecho una mueca.

—Mírame —repuso Jestocost— y piensa si puedes depositar confianza en mí. Voy a tomar en mis manos nuestras vidas, la tuya y la mía.

G'mell aumentó su atención. ¿Qué relación podía existir entre uno de los Señores de la Instrumentalidad y una submujer? Jamás habían tenido nada en común ni lo tendrían nunca.

—Quiero ayudar a las subpersonas.

Esto la hizo parpadear. Lo cierto es que había sido abordada sin eufemismo y con una aparente seriedad. G'mell aguardó a que él continuase.

—Tu pueblo no tiene bastante poder político ni aun para hablar con nosotros. No quiero traicionar a la verdadera raza humana, pero estoy dispuesto a ofrecer una oportunidad a los tuyos. Si negociáis mejor con nosotros, más seguras se harán, a la larga, todas las formas de vida.

G'mell bajó la vista. Su roja cabellera era suave como la piel de un gato persa. Sus ojos parecían humanos, pero tenían la virtud de reflejar la luz que incidía en ellos; el iris era del verde intenso que caracterizaba a los gatos de la antigüedad. Cuando volvió a mirar a Jestocost, al alzar la vista del suelo, su mirada producía verdadero impacto.

—¿Qué quiere de mí?

—Mírame. Mírame al rostro. ¿Estás segura..., segura que nada quiero de ti?

G'mell parecía desconcertada.

—Si no se trata de servicios personales, ¿qué desea de mí? Soy una azafata. No soy persona importante ni he recibido educación. Usted, señor, sabe más de lo que yo pueda aprender nunca.

—Es posible —admitió Jestocost, mirándola.

La joven dejó de sentirse azafata para asumir un espíritu de ciudadana libre. Esto le causó malestar.

—¿Quién es vuestro jefe? —preguntó Jestocost con solemnidad.

—El comisario Teadrinker. Se encarga de enseñar y dirigir a los visitantes del mundo exterior.

G'mell observó a Jestocost, sin descubrir en él señales de engaño.

Jestocost parecía algo enojado.

—No me refiero a él. Forma parte de nuestro personal. ¿Quién es vuestro jefe entre las subpersonas?

—Lo era mi padre, pero ha muerto...

—Perdóname —cortó Jestocost—. Puedes sentarte. Tampoco me refería a eso.

G'mell estaba tan cansada que se sentó en la silla con tan inocente voluptuosidad que hubiese deseado la vida de cualquier hombre vulgar. De acuerdo con su profesión, su vestido pretendía ser inesperada y provocativamente revelador cuando su dueña tomaba asiento, aunque no lo bastante descarado como para chocar a un hombre normal. Era tan corto, escotado y ajustado al cuerpo, que proporcionó a Jestocost mucho más estímulo visual del que esperaba.

—Le ruego que se baje un poco la falda —indicó Jestocost con frialdad—. Soy un hombre, además de funcionario público, y esta entrevista es demasiado importante para nosotros para que perdamos el tiempo.

G'mell se sintió algo asustada por aquel tono. No se había propuesto provocarle. Aquel día, tras los funerales, no se proponía nada. Llevaba los únicos vestidos que tenía.

Jestocost leyó todo eso en el rostro de la joven. Prosiguió implacablemente con su tema.

—Te he preguntado quién es vuestro jefe, jovencita. Has nombrado a tu supervisor y a tu padre. Lo que necesito saber es el nombre de vuestro jefe.

—No comprendo —respondió G'mell, a punto de llorar—. No comprendo.

Jestocost decidió arriesgarse. Su puñalada mental cayó sin piedad sobre la joven.

—¿Quién es... *E... teli... keli*?

El pálido rostro de G'mell se puso blanco. Se volvió, mientras sus ojos brillaban como luces gemelas.

Sus ojos como luces gemelas.

«No es una submujer —pensó Jestocost—. Podría hipnotizarme.»

Sus ojos..., eran como luces frías.

La sala se hizo borrosa en torno a él. La joven desapareció. Sus ojos dejaron paso a una luz fría y blanca.

Dentro de aquella luz se movía una forma humana. En vez de brazos tenía alas, pero sus manos, unidas a los codos de las alas, eran humanas. El rostro era claro, blanco, frío como el mármol de una estatua antigua y, los ojos, blancos y opacos.

—Soy E-teli-keli. Deberás creer en mí. Puedes hablar con mi hija G'mell.

La imagen se desvaneció.

Jestocost vio a la joven completamente abstraída, sentada en una postura extraña, mirando sin ver a través de él. Estaba a punto de bromear sobre su capacidad hipnótica cuando observó que ella continuaba profundamente hipnotizada. Erguida y con las ropas en desorden, no resultaba incitante, sino patética, inefable, como si padeciera una desgracia.

Jestocost le hizo una pregunta, sin esperar contestación.

—¿Quién eres?

—Soy aquél cuyo nombre nunca se pronuncia en voz alta —musitó la joven—. Aquel cuyo secreto has descubierto. He impreso mi imagen y mi nombre en tu mente.

Jestocost no estaba dispuesto a luchar con fantasmas. Tomó una determinación.

—Si te abro mi mente, ¿buscarás en ella mientras te miro? ¿Puedes hacerlo?

—Perfectamente —silbó la voz en la boca de la joven.

G'mell se levantó y puso sus manos en los hombros de él. Miró a Jestocost en los ojos. Éste sostuvo su mirada, pero aunque bien dotado para la telepatía, no pudo asimilar la enorme magnitud de pensamiento que emitía la joven.

—Mira en mi mente, pero sólo lo que concierne a las subpersonas —ordenó.

—Miro —respondió el que se hallaba tras G'mell.

—¿Ves lo que pretendo hacer por las subpersonas?

Jestocost escuchó la dificultosa respiración, mientras su mente actuaba como enlace. Intentaba permanecer sereno para apreciar qué parte de su mente era explorada. «Por ahora, bien —pensó—. Una inteligencia como ésta en la propia Tierra y los Señores de la Instrumentalidad sin saberlo...»

La joven soltó una risita.

—Lo siento. Sigue —dijo Jestocost, con el pensamiento, a la mente extraña.

—¿Puedo ver más detenidamente tu plan? —le preguntaron.

—Todo está ahí.

—¡Oh! ¿Quieres que piense por ti? ¿Puedes darme las llaves de la Batería y la Campana que pertenecen a los destructores de subpersonas?

—Podrás tener las llaves de información si las consigo, pero no las de control ni el interruptor principal de la Campana.

—Es suficiente. Y, ¿qué tengo que pagarte por ello?

—Defender mi política ante la Instrumentalidad. Lograr, si es posible, que las subpersonas sean razonables cuando llegue la hora de negociar. Mantener el honor y la buena fe en todos los acuerdos sucesivos. ¿Pero cómo podré conseguir las llaves? Me haría falta un año.

—Deja que la muchacha mire una vez y yo estaré detrás de ella —respondió la mente extraña—. ¿Conforme?

—Sí.

—¿Cierro la comunicación?

—¿Cómo volveremos a establecerla? —inquirió Jestocost.

—Como antes, a través de la muchacha. No pronuncies nunca mi nombre. No pienses en él si puedes evitarlo. ¿Cierro la comunicación?

—De acuerdo —pensó Jestocost.

G'mell, que continuaba asiéndole por los hombros, bajó el rostro y le besó apretada y ardientemente. Él nunca había pensado tocar a una subpersona y menos besarla. Fue agradable, pero apartó de su cuello los brazos de ella y la mantuvo apoyada sobre él.

—¡Papá! —suspiró G'mell con felicidad.

De pronto se puso tensa, miró el rostro de él y se dirigió hacia la puerta.

—¡Jestocost! —exclamó—. Mi señor Jestocost. ¿Qué estoy haciendo aquí?

—Has cumplido ya con tu deber, hija mía. Puedes irte.

La joven se tambaleó en la estancia.

—Me siento enferma.

Vomitó.

Jestocost apretó un botón para llamar a un robot de la limpieza y ordenó que trajesen café.

G'mell se tranquilizó. Se puso hablar de sus esperanzas en las subpersonas. Al marcharse, una hora después, habían forjado un plan. Ninguno de ellos nombró a E-tele-keli ni manifestó abiertamente sus propósitos. En el caso que los monitores hubiesen estado al acecho, no habrían oído una sola frase sospechosa.

Cuando G'mell se hubo ido, Jestocost miró por la ventana. Vio las nubes a lo lejos y comprendió que el mundo entraba en su crepúsculo. En su objetivo de ayudar a las subpersonas, había descubierto una fuerza de la que la humanidad no tenía idea ni percepción. Su plan resultó más acertado de lo previsto. Debía llevarlo a cabo por todos los medios.

Pero su aliado... G'mell...

¿Existió alguna vez diplomático más extraño en la historia de los mundos?

En menos de una semana habían resuelto todo lo necesario. Actuarían en el mismo Consejo de los Señores de la Instrumentalidad, el centro intelectual y técnico. El riesgo era grande, pero su labor de alcanzar la Campana misma podría consumarse en pocos minutos.

Esto era lo que más interesaba a Jestocost.

Pero no sabía que G'mell le observaba con dos facetas diversas en su mente. Una de ellas era un aliado activo y cordial, que simpatizaba enteramente en un objetivo común. La otra..., era femenina.

G'mell poseía una naturaleza femenina más real y verdadera que la de cualquier hembra homínido. Conocía el valor de su educada sonrisa; de su espléndida cabellera roja y su textura inimaginablemente suave, cuidada con esmero; de su esbelta figura juvenil, con senos firmes y persuasivas caderas. Conocía

exactamente el efecto que sus piernas producían en los homínidos. Los humanos de verdad poseían pocos secretos para ella. Los hombres se traicionaban con deseos que no podían cumplirse, las mujeres con envidias incorregibles. Pero los comprendía mejor que nadie, por no ser como ellos. Tenía que aprender por imitación y la imitación es consciente. Mil menudencias que las mujeres vulgares daban por supuestas, o pensaban una sola vez durante toda la vida, constituían para G'mell un objeto de profundo e inteligente estudio. Era mujer por profesión, humana por asimilación, gata inquisitiva por naturaleza genética. Ahora se estaba enamorando de Jestocost y lo sabía.

Lo que no sabía es que un romance sentimental a veces degenera en habladería, a veces se trasciende en leyenda. No sabía que iba a escribirse una balada acerca de ella, que comenzaría con estos versos célebres algún tiempo después:

*Supo el porqué de lo que hizo,  
la Campana con una mancha ocultó,  
mas, de un homínido se enamoró.  
¿Dónde está el porqué de lo que hizo?*

Todo esto estaba en el futuro y ella lo desconocía.

Conocía, en cambio, su pasado.

Se acordaba del príncipe de tierras lejanas que había reposado la cabeza en su regazo y, bebiendo de la copa de motl, le dijo a modo de despedida:

—Es gracioso, G'mell; sin ser humana eres la mujer más inteligente que he conocido en este lugar. ¿Sabes que el mandarme aquí hizo pobres a los míos? ¿Y qué obtuve a cambio? Nada, nada y mil veces nada. Sólo tú, ahora. Si estuvieras al frente del gobierno de la Tierra, yo conseguiría lo que mi pueblo necesita, tu mundo sería más rico también. Patria del Hombre le llaman. ¡Patria del Hombre...! ¡Bah! La única persona inteligente es una gata.

Jestocost pasó sus dedos por el tobillo de G'mell. Ella no se movió. Eso formaba parte de la hospitalidad y sabía el modo que no fuera más allá. La vigilaba la policía de la Tierra; para ellos sólo era una conveniencia mantenida para los viajeros, similar a las sillas blandas de los vestíbulos de Puerto Tierra o a las fuentes ácidas para extranjeros que detestaban el agua insípida de la Tierra. No esperaba de G'mell ni sentimientos ni compromisos. De provocar un incidente, la hubiesen castigado severamente, como se hacía a los animales o las subpersonas. En otro caso —tras un breve juicio formal y sin apelación—, la habrían destruido como permitía la ley y estimulaban las costumbres.

G'mell había besado a mil hombres, tal vez a mil quinientos. Les había hecho sentirse bien recibidos y había escuchado sus quejas o sus secretos al marcharse. Era un modo de ganarse la vida muy fatigoso emocionalmente, pero muy estimulante desde el punto de vista intelectual. En ocasiones, se sentía divertida

al observar a las mujeres humanas, con su nariz respingada y sus aires de orgullo, pensando que sabía más de los hombres de lo que cualquier mujer nunca conocería.

En cierta ocasión, una mujer policía tuvo que informar acerca del relato de dos pioneros de Nuevo Marte. A G'mell le confiaron la misión de estar en muy estrecho contacto con ellos. Cuando el agente femenino terminó de leer el informe, miró a la muchacha con un rostro alterado por la envidia y por una ira pudorosa.

—Gata, te llamas a ti misma. ¡Gata! Eres una puerca, una perra, un animal. Puede que trabajes para la Tierra, pero nunca te creas a la altura de los humanos. Me parece un crimen que la Instrumentalidad permita que monstruos como tú den la bienvenida a los hombres del exterior. No puedo impedirlo. Pero que la Campana te ayude, chica, si alguna vez tropiezas con un auténtico hombre de la Tierra. Como te acerques a uno... Como intentes valerte de alguna maña aquí..., ya me entiendes...

—Sí, señora —había respondido G'mell.

«Esta infeliz no sabe escoger sus vestidos ni peinarse. No me extraña que tenga celos de la belleza ajena», pensó G'mell para sí.

La mujer policía creyó tal vez que su odio chocaría a G'mell. No fue así. Las subpersonas estaban acostumbradas al odio, que no resultaba peor que veneno disfrazado de cortesía. Formaba parte de su vida.

Pero ahora, todo había cambiado.

¿Era correspondida?

Imposible. No, era imposible. Ilícito, improbable, indecente, pero no imposible. Tenía que sentir algo del amor de ella.

Si lo sentía, no lo exteriorizaba lo más mínimo.

Los humanos y las subpersonas se habían enamorado mucho tiempo antes. Las subpersonas eran siempre destruidas y los humanos sufrían un lavado de cerebro. Había leyes contra tales relaciones. Los hombres de ciencia habían creado la subpersona, la dotaron de aptitudes que no poseía el hombre (el salto de mil metros, la telepatía a cuatro kilómetros bajo tierra; el hombre-tortuga, capaz de aguardar mil años junto a una puerta de emergencia; el hombre-vaca, que custodiaba una puerta sin recompensa). Incluso dieron configuración humana a muchas subpersonas; todo resultaba así más fácil. El ojo humano, la mano de cinco dedos, la talla humana, eran convenientes por razones de ingeniería. Constituir a la subpersona con talla y forma similares a las del hombre, significaba eliminar la necesidad de crear conjuntos habitacionales distintos. La configuración humana era suficiente para todos ellos.

Pero olvidaron el corazón humano.

Y ahora, G'mell se había enamorado de un hombre, un auténtico hombre lo bastante viejo para haber sido su bisabuelo

Mas su actitud hacia él no tenía nada de filial. Recordaba que con su padre existía una fácil camaradería, un afecto ingenuo y próximo que encubría el hecho que él era mucho más semejante al gato que ella. Entre ambos había un permanente y doloroso vacío de palabras, de hechos total y parcialmente silenciados. No les era posible estar más unidos. Esto significaba una distancia, a la vez desgarradora e inefable. Su padre había muerto, para dejar paso a aquel hombre, con todo su cariño...

—Eso es —se dijo—, con todo el cariño que ninguno de esos hombres mortales llegó a demostrar nunca. Con toda la hondura que se hace inalcanzable para mis pobres subpersonas. Pero esto no es culpa suya, nacen como polvo, son tratadas como polvo, las despiden como si fueran polvo cuando mueren. ¿Cómo podría alguna de ellas sentir verdadero cariño? Hay una singular especie de majestad en el cariño. Es lo mejor que tiene el ser humano. Y en Jestocost hay océanos inmensos de cariño. Es raro, muy raro, que jamás haya entregado su verdadero amor a una mujer humana.

Se detuvo, más serena.

—O si lo hizo, ha pasado mucho tiempo y ya no importa. Me ha enamorado. ¿Lo sabe él? —musitó, consolada.

El señor Jestocost lo sabía y, sin embargo, no era así. Estaba acostumbrado a ganarse la lealtad de las personas, porque ofrecía lealtad y honor en su quehacer cotidiano. Siempre había luchado por ello. Jugaba con el hecho que G'mell era una persona portentosamente inteligente y que, como miembro del personal de hospitalidad de Puerto Tierra, debía haber aprendido a dominar sus sentimientos personales.

«Hemos nacido en mala época —pensó—, porque he conocido a la mujer más bella e inteligente que he visto en mi vida y me veo obligado a dejarla de lado por mis asuntos. Pero este problema del humano y la subpersona permanece muy arraigado. Tenemos que conservar fuera de él nuestras personalidades.»

Ésta era su línea de pensamiento. Acaso tuviera razón.

Si el innominado, de quién no se atrevía a acordarse, ordenaba un ataque contra la Campana misma, valía la pena. Sus emociones no debían entrar en juego. Lo que importaba era la Campana, la justicia, el perpetuo retorno de la humanidad al progreso. Lo que le sucediera a él no importaba porque ya había realizado la mayor parte de su obra. Ni siquiera G'mell, porque su fracaso la hundiría para siempre con las subpersonas. La Campana tenía mucha importancia.

La Campana no era una campana, por supuesto. Se trataba de una mesa de situación tridimensional, tres veces más alta que un hombre, instalada en un piso más abajo de la sala de juntas y de forma parecida a la de una antigua campana. La mesa de juntas de los Señores de la Instrumentalidad tenía una abertura circular por la que estos podían mirar al interior de la Campana cualquier situación reclamada, tanto manual como telepáticamente. En la parte inferior se hallaba la Batería, oculta por el suelo, que constituía el memorizador de todo el sistema. Existían mesas idénticas en una treintena de lugares de la Tierra. Dos estaban ocultas en el espacio interestelar, una de ellas junto a la dorada nave de ciento ochenta millones de kilómetros que quedó allí desde la Guerra contra Raumsog y la otra camuflada como asteroide.

Muchos de los Señores estaban ausentes de la asamblea.

Únicamente tres asistían además de Jestocost: Johanna Gnade, Issan Olascoaga y William No-de-Aquí. (Los No-de-Aquí eran una gran familia norstriliana que había vuelto a emigrar a la Tierra muchas generaciones antes.)

E-tele-keli comunicó a Jestocost los elementos de un plan.

Consistía en citar a G'mell ante un tribunal.

El requerimiento iba a ser grave.

Tendrían que evitar la muerte de la joven por justicia automática, si los relés comenzaban a funcionar.

G'mell sería sometida a hipnosis parcial en la sala.

La tarea de Jestocost sería entonces convocar las materias en la Campana, que E-tele-keli deseaba investigar. Bastaría un solo toque. E-tele-keli asumiría la responsabilidad de la investigación y distraería a los otros Señores de la Instrumentalidad.

Era fácil en apariencia.

Las complicaciones llegaron en la práctica.

El plan parecía débil, pero Jestocost nada podía hacer en aquel momento. Se maldijo por permitir que su pasión hacia la política le comprometiese en la intriga. Era demasiado tarde para retirarse de una forma honorable; por otra parte, le gustaba G'mell, no como azafata sino como mujer, y le hubiese desagradado verla marcada con el desengaño para toda la vida. Conocía la mucha estimación que las subpersonas abrigaban por sus identidades y su estado legal.

Con el corazón triste, se trasladó a la sala de juntas. Una mujer-perro, uno de los mensajeros de costumbre, le dio la orden del día.

Se preguntó cómo G'mell y E-tele-keli se comunicarían con él una vez dentro de la cámara, dotada de una tupida red de barreras telepáticas.

Abrumado, ocupó su puesto en la mesa.

Y casi se levantó de un salto de la silla.

Los conspiradores habían falsificado incluso las órdenes del día. El asunto principal era: «Confesión de G'mell, hija de G'mackintosh, de raza gatuna pura. Delito: conspiración para exportar género homuncular. Referencia: planeta De Prinsensmacht».

Johanna Gnade ya había pulsado el botón del planeta correspondiente. Sus habitantes, oriundos de la Tierra, poseían una complejión muy robusta, pero les costó un gran esfuerzo conservar su primitiva

apariencia terrestre. Uno de sus líderes se encontraba precisamente en la Tierra, en misión a la vez diplomática y comercial; llevaba el título de Príncipe Crepúsculo (Prins van de Schemering).

Como Jestocost había llegado un poco tarde, estaban introduciendo a G'mell en la sala, mientras él ojeaba la orden del día.

El señor No-de-Aquí preguntó a Jestocost si quería presidir.

—Le ruego, señor letrado, que se una a mí para rogar al señor Issan que presida la presente sesión.

La presidencia era pura formalidad. Jestocost podría observar mejor la Batería y la Campana si no tuviese que presidir también la reunión.

G'mell vestía el uniforme de los reclusos. Le quedaba bien. Jestocost sólo la había visto hasta entonces con sus vestidos de azafata. La bata azul pálido le hacía parecer muy joven, muy humana, muy delicada y muy asustada. La estirpe gatuna únicamente era revelada por la furibunda cascada de su cabellera y la flexible pujanza de su cuerpo al sentarse, recatada y erguida.

Issen le ordenó:

—Has confesado. Confiesa otra vez.

—Este hombre —respondió G'mell, señalando a un retrato del Príncipe Crepúsculo— quería ir al lugar donde se ofrece en espectáculo la tortura de niños humanos.

—¿En qué lugar? —preguntó Johanna, que era partidaria de la benevolencia.

—Lo gobierna un hombre que se parece a ese caballero que está ahí —repuso G'mell, señalando a Jestocost.

Sin que ninguno de los presentes pudiera detenerla, pero sin levantar sospechas, dio la vuelta a la sala y tocó en el hombro a Jestocost. Éste sintió un vivo choque telepático. Comprendió entonces que E-tele-keli estaba en contacto con ella.

—El hombre que manda allí —continuó G'mell— pesa dos kilos menos que este caballero, es cinco centímetros más bajo y tiene el pelo rojo. Tiene su morada en la esquina Cold Sunset de Puerto Tierra. Subpersonas de mala reputación viven en ese distrito.

La Campana tomó una apariencia lechosa, fulgurando con centenares de datos sobre malas subpersonas de aquella parte de la ciudad. Jestocost la miró con involuntaria concentración.

La Campana volvió a su estado normal.

Mostró la vaga imagen de una habitación en que unos niños estaban jugando.

Johanna se echó a reír.

—Esos no son humanos, sino robots. Es un juego antiguo, muy triste.

—Luego quiso un dólar y un chelín para llevárselos a casa. Legítimos —añadió G'mell—. Un robot había encontrado algunos.

—¿Algunos qué? —preguntó Issan.

—Monedas antiguas, la verdadera moneda de la antigua América y la antigua Australia —dijo William—. Poseo imitaciones, pues no hay originales fuera del museo del Estado.

William era un apasionado coleccionista de monedas.

—El robot las encontró en un escondite debajo de Puerto Tierra.

William casi gritó a la Campana:

—¡Registra todos los escondites y trae esas monedas!

La Campana se oscureció. Al hallar los barrios bajos, había cruzado como un relámpago por todos los puestos de policía en el sector noroeste de la torre. Ahora registraba todos los puestos inferiores de la torre, corriendo vertiginosamente por entre millares de combinaciones antes de detenerse en un cuarto, donde se guardaban herramientas. Un robot estaba sacando brillo a unas piezas redondas de metal.

William, al verlo, se puso furioso.

—¡Traédme eso aquí! —gritó—. Quiero comprarlo.

—Muy bien —dijo Issan—. Es un poco irregular, pero está bien.

La máquina mostró los dispositivos de puesta en marcha y trajo al robot por la escalera mecánica.

Issan dijo:

—Esto no se parece a la vista de una causa.

G'mell hizo un puchero. Era una buena actriz.

—También pretendió que le procurase un huevo de homúnculo. Uno del tipo E, procedente de ave, para llevárselo a su domicilio.

Issan accionó el dispositivo de búsqueda.

—Quizá lo hayan ocultado en las series de disposición —dijo G'mell.

La Batería y la Campana corrían a toda velocidad por todos los mecanismos de disposición. Jestocost notó que se le alteraban los nervios. Ningún ser humano hubiese podido memorizar los miles de modelos que atravesaba velozmente la Campana. Su rapidez desbordaba las posibilidades de los ojos humanos, pero el cerebro que leía en la Campana con los ojos de Jestocost no era humano. Debía estar encerrado en una computadora propio. Jestocost pensó que era indigno su papel de prismáticos humano para un Señor de la Instrumentalidad.

La máquina se oscureció.

—¡Se trata de un fraude! —exclamó Issan—. No hay pruebas.

—Tal vez lo intentó en el mundo exterior —dijo Johanna.

—Vigíladlo —dijo William—. Si roba monedas, robará cualquier otra cosa.

Johanna se volvió hacia G'mell.

—Eres una estúpida. Nos has hecho perder el tiempo cuando debíamos tratar de graves asuntos intermundiales.

—Se trata de un asunto intermundial —replicó G'mell.

La joven retiró su mano del hombro de Jestocost. La transmisión se interrumpió y, con ella, el enlace telepático.

—Debiéramos abrir un proceso —dijo Issan.

—Y serías castigada —añadió Johanna.

Jestocost permaneció silencioso, pero apenas pudo ocultar su júbilo. Si E-tele-keli había cumplido su cometido, aunque sólo a medias, las subpersonas dispondrían ahora de una lista de controles y líneas de fuga que les permitirían eludir la caprichosa sentencia de muerte indolora que dictaban las autoridades humanas.

Se oían canciones en los pasillos aquella noche.

Las subpersonas derrochaban alegría sin causa aparente.

G'mell bailó una alocada danza gatuna para el primer cliente que llegó de las estaciones del mundo exterior aquella misma noche. Cuando llegó a su casa y se dispuso a acostarse, se arrodilló ante el retrato de su padre G'mackintosh y dio las gracias a E-tele-keli por lo que había logrado Jestocost.

Pero la historia no se hizo pública hasta unas pocas generaciones después, cuando Jestocost fue aclamado como el campeón de las subpersonas y las autoridades, que seguían desconociendo la existencia de E-tele-keli, aceptaron a los representantes electos de las subpersonas como negociadores para mejorar las condiciones de vida. Por aquel entonces, ya hacía mucho tiempo que G'mell había fallecido.

G'mell tuvo una feliz y larga vida.

Se convirtió en *chef* de cocina cuando su avanzada edad le impidió seguir desempeñando su empleo. Sus platos eran famosos. Jestocost la visitó una vez. Después de haber comido, le dijo:

—Las subpersonas recitan un poema. Ningún ser humano lo conoce. Sólo yo lo conozco.

—No me interesan los poemas.

—Éste se titula: «Lo que ella hizo».

G'mell enrojeció hasta el escote de su holgada blusa. Se había puesto muy entrada en carnes al alcanzar la edad madura y el medio de dirigir un restaurante había contribuido a ello.

—Es una tontería —exclamó ella.

—Dice que estuviste enamorada de un homínido.

—No es cierto.

Sus ojos verdes, tan hermosos como siempre, le miraron profundamente. Jestocost se sintió cohibido. La situación adquiriría un cariz personal. Le agradaban las relaciones políticas, pero las personales le hacían sentirse incómodo.

Cambió la luz que iluminaba la estancia y los ojos de G'mell brillaron al mirarle. Seguía pareciendo la mágica joven de cabellera de fuego que Jestocost había conocido.

—No estuve enamorada. No puede llamarlo así...

Pero su corazón gritaba: «te quise, te quise, te quise...»

—El poema dice que fue un homínido —insistió Jestocost—. ¿No sería aquel Prins van de Schemering?

—¿Quién? —preguntó G'mell en voz baja.

Sus emociones gritaban: «¿No lo comprendes todavía, amor mío?»

—El hombre fuerte y poderoso.

—¡Oh!... Lo he olvidado.

Jestocost se levantó de la mesa.

—Tu vida ha sido muy completa, G'mell. Has sido ciudadana, miembro de un comité, líder político. ¿Cuántos hijos has tenido?

—Setenta y tres. Aunque sean muchos, los recuerdo a todos.

El rostro de Jestocost se puso serio y su voz fue cariñosa.

—No he querido ofenderte.

Nunca supo que, después de marcharse, ella volvió a la cocina y estuvo llorando un rato. G'mell le había amado en vano desde que le conoció muchos años atrás.

Después que G'mell murió, a la edad de ciento tres años, Jestocost seguía viéndola en los pasillos de Puerto Tierra. Muchas de sus bisnietas se parecían a ella y varias ejercían la misma profesión con gran éxito.

No eran semiesclavas. Eran ciudadanas (grado reservado), cuyos fotopases protegían sus bienes, su identidad y sus derechos. Jestocost era el padrino de todas ellas y se turbaba a menudo cuando las más

voluptuosas criaturas del Universo le tiraban traviosos besos. Todo lo que pedía era satisfacer sus pasiones, no las personales sino las políticas. Siempre estuvo enamorado, locamente enamorado...

Y con razón.

Al fin le llegó su hora. Sabía que iba a morir, pero no lo sentía. Una vez tuvo una esposa, cientos de años atrás, y la había querido mucho. Los hijos de ambos se desvanecieron en las generaciones del hombre.

Al llegar la muerte, quiso saber algo y llamó al innonimado —o a su sucesor— oculto a gran profundidad. La llamada de su mente llegó a ser un verdadero grito.

—*He ayudado a los tuyos.*

—Sí —respondieron débiles y muy lejanos susurros dentro de su cabeza.

—*Me muero. Tengo que saberlo. ¿Me amaba ella?*

—Se fue sin ti, de tanto como te amaba. Te dejó ir por tu bien, no por el de ella. Te quería de veras. Más que a la muerte. Más que a la vida. Más que al tiempo. Nunca estaréis separados.

—*¿Nunca?*

—No, mientras subsista la memoria del hombre —respondió la voz, para luego enmudecer.

Jestocost apoyó plácidamente la cabeza en la almohada, esperando a que acabase el día.

**FIN**

Libros Tauro